

—¡Agelio, el cristiano! ¡Agelio, el mágico! ¡Agelio á los leones! ¡A la quinta de Varo! ¡A la cabaña de Agelio! ¡A la puerta del Sudoeste!

Un feroz alarido respondió á esta voz en aquella inmensa muchedumbre. Habíasele comunicado el impulso como la vez primera: las olas de aquel oceano de seres humanos refluyeron y se retiraron; y siguiendo el pié de la colina, corrieron con violencia hácia el Sudoeste. Juba, ¡tu profecía no tardará en cumplirse! Las langostas causarán mas daño á la habitacion de tu hermano que el edicto imperial ó que la magistratura de Sicca. ¡Aun despues de terminado el dia continuará la tormenta!

### CAPITULO XVIII.

Desde la tarde en que da principio nuestro relato se habia verificado un cambio completo en el aspecto de la naturaleza que observábamos entonces con tanto placer alrededor de la cabaña de Agelio; y por lo mismo que es tan penoso contemplar la devastacion y la

ruina sucediendo á las mas lisonjeras esperanzas, diremos pocas palabras respecto á este punto. El cielo estaba despejado, como entonces; adelantábase el sol en su silenciosa carrera, cual si solo aspirase á madurar los granos y frutos destinados al alimento del hombre; pero el calor de sus rayos era ya inútil, en atencion á que los granos y los frutos habian desaparecido y no quedaban ya hombres que los recogiesen y disfrutasen de ellos. Una sombra negra habia recorrido el hermoso paisaje, dejándolo desfigurado, y parecia al observador como si el fuego hubiese quemado toda la superficie comprendida bajo aquella sombra, despojando á la tierra de su vestidura. Nada se habia librado del azote; ni una planta de *khennah*, ni una rosa, ni un clavel, ni una naranja, ni un azahar, ni una *boconia*, ni un racimo de uvas verdes, ni una baya de olivo, ni una oja de yerba. Jardines, prados, viñedos, sotos, en vez de brillar por la rica variedad de matices que constituian hace poco su rasgo característico, estaban ahora reducidos á un triste color de ceniza. Elevábase acá y allá en aquel momento el humo de los montos

nes en que ardan los restos de la vegetacion corrompida y envenenada, los innumerables cadáveres de las langostas, los del ganado, y en fin, los de los hombres, víctimas de la peste. La mas furiosa invasion de hordas bárbaras, por ejemplo, de los vándalos ó de los sarracenos, que en épocas sucesivas debian lazarse á devastar aquella comarca, no hubiera podido dejar trás si mas completa asolacion. Los esclavos de la quinta de Varo se ocupaban tristemente en una nueva tarea; la de desembarazar los parques, el viñedo y los campos, de los miserables restos de la rica cosecha que la primavera les habia prometido.

En la mañana del dia lleno de acontecimientos, cuyo curso hemos trazado en los anteriores capítulos, se presentó un inteligente chico á Agelio, que dirigia el trabajo de aquellos campesinos.

—Vengo de parte de Jucundo, dijo, el cual te necesita al instante. Debes acompañarme y seguir la senda que te indique, probándote la verdad de mis palabras este billete que te envia: al mismo tiempo, desea para tí, en este tiempo calamitoso, los mejores dones de Baco y de Ceres.

Agelio tomó el billete, y lo llevó á Cecilio, que estaba trabajando al otro lado del camino, disfrazado de esclavo. Leíase en el lo siguiente:—“Jucundo á Agelio: espero que te hallarás en estado de andar. No te dejarán tranquilo por mucho tiempo en tu cabaña; pues ha estallado hoy una sublevacion contra los cristianos, y pudieran buscarte. A menos que no desees ver la laguna Estigia, ó el Tártaro; sigue á ese chico, sin preguntarle nada.”

—Ya no estamos seguros aquí, padre mio, dijo Agelio; ¿á dónde iremos, pues? Marchemos juntos. ¿Puedes conducir me á Cartago?

—En Cartago hay la misma inseguridad que en Sicca, respondió Cecilio. Aquí nos encontramos en el centro del pais y tenemos muchos medios de escapatoria; mientras que allí solo hay uno; embarcarse. Además, en Cartago todo el mundo me conoce, y aquí, á pesar de ser desconocido, sé cuanto pasa en el proconsulado y en la Numidia.

—Pero ¿qué hemos de hacer? preguntó Agelio; la permanencia en este sitio es imposible, y tú, á lo menos, no puedes arriesgarte á entrar en la ciudad.

Debemos ir á alguna parte; pero ¿á dónde?

El eclesiástico reflexionó un momento, y despues dijo:

—Es preciso separarnos.

Los ojos de Agelio se cubrieron de lágrimas.

—Aunque extranjero, continuó Cecilio, conozco los alrededores de Sicca mejor que tú, que has nacido en ellos. Hay un célebre retiro para los cristianos al norte de la ciudad; y me consta que en este momento muchos se han refugiado allí. El furor del enemigo se encona por todas partes, y nuestros hermanos de las cercanías de Cirta y de Curuba tratan de dirigirse hácia aquel punto. La única dificultad es llegar allá sin pasar por Sicca.

—Vamos juntos, dijo Agelio.

Cecilio pareció turbado, y como abortito en sus pensamientos. Al principio, cualquiera le hubiera creído completamente extraño á cuanto le rodeaba; pero volviendo luego á la realidad, dijo:

—No, conviene que nos separemos por poco tiempo. Supongo que tu tio tendrá cuidado de tí; es hombre de influencia. Además de que estaremos

mas seguros cuanto mas distantes vivamos uno de otro. Te anuncio que esta separacion será corta. Si en las circunstancias presentes permaneciésemos juntos, correriamos un riesgo mucho mayor ambos. Sigue, pues, al chico que te ha traído la carta; y yo me dirigiré al sitio que acabo de indicarte.

—¡Oh, padre mio! exclamó el jóven, ¿cómo harás para llegar? ¿Qué inquieto voy á estar acerca de tu suerte!

—Nada temas, respondió Cecilio, nada. Será un tiempo de prueba, sin duda; pero mi hora no ha llegado todavía. Solo me restan algunos años de vida, y tú vivirás mucho mas que yo. Dios me protegerá y vendrá en mi auxilio, aunque no sé cómo. Vé, Agelio, y déjame entregado á mí mismo.

—¡Oh, padre mio! dijo este último, mi único apoyo en este mundo, enviado por Dios para sostenerme en el extremo de la desdicha, á quien debo todo. . . . ¿conque será preciso que me separe de tí? ¿Un lego deberá abandonar á un eclesiástico? ¿El jóven habrá de dejar sin arrimo al anciano? ¡Ay! en realidad no eres tú y sí yo quien carezco de proteccion. Los ángeles te rodean, padre

mio, pero yo soy un infeliz huérfano. Dame tu bendicion, para que el mal no se apodere de mi alma. Estoy dispuesto á partir.

—No te arrodilles, dijo el eclesiástico, pues pudieran verte. Espera, voy á decirte cómo me encontrarás. Y dándole entonces las instrucciones, añadió: —Sigue el camino de Tibursicombre, hasta la tercera miliaria, luego darás otros mil pasos, y despues, recitando antes siete *Pater noster*, te dirigirás al hombre que veas á tu derecha. Puedes ya irte. ¡Dios te proteja! Pronto nos reuniremos. Diciendo así, le bendijo.

—Ese anciano se dá mucha importancia, dijo el chico cuando Agelio se reunió á él. ¿Quién es? ¿Es uno de tus esclavos, Agelio?

—Peca de impertinente la pregunta, respondió el jóven.

—Se corre, dijo Firmio (así se llamaba el mensajero), que los cristianos han atraído las langostas al país con sus sortilegios, y en este momento un horrible tumulto se ha levantado en el Foro. Hay quien dice que eres cristiano.

—Lo cual significa, respondió Agelio,

que tu pueblo no tiene otra cosa mejor en que ocuparse que en hablar contra el prógimo.

—O tal vez hablen así por la mansedumbre de tu carácter, replicó Firmio. Otro hombre me hubiera derribado en tierra al oír tal insulto; pero tú eres una de esas personas sufridas que se dejan injuriar sin alterarse. Arnobio dice que tu padre era cristiano.

—En nuestros dias hay muchos hijos que no profesan la religion de sus padres, contestó Agelio.

—Es verdad, dijo Firmio; pero los cristianos proceden del Egipto, y allí, así como el hijo de cocinero es cocinero y el hijo de soldado es soldado, el hijo de cristiano es, creeme, cristiano.

—Los cristianos se alaban, me parece, respondió Agelio, de que no pertenecen á ninguna raza ni país, pues son individuos de una gran familia sin patria, cuya habitacion está en el cielo.

—Los cristianos, replicó el chico, no hubieran sido nunca capaces de fundar el grande imperio romano, obra realmente de héroes. César, Mario, Marco Bruto, Camilo, Ciceron, Sila, Lúculo, Escipion, no hubieran podido nunca

ser cristianos. Arnobio dice que es un monton de cobardes, que no se atreven á presentarse en público.

—Supongo, dijo Agelio, que serias de buena gana un héroe.

—Estudio para abogado, contestó Firmio; y me gustaria ser un grande orador, como Ciceron, y que todos acudiesen á oirme.

Caminaban á lo largo de una pared de tierra que separaba la heredad de Varo de la de su vecino, cuando de repente Firmio, que iba delante, saltó dentro de un soto, cuya estension era igual á la del barranco en que el montecillo terminaba hácia Sicea. Luego anduvo sin cesar por senderos estraviados, hasta llegar á la altura de las murallas de la ciudad.

—Me conduces á un punto en que no hay entrada, dijo Agelio.

—Jucundo me recomendó que te llevase por un camino oculto, respondió el chico riéndose. El por qué, lo sabes tú mejor que yo. Este es uno de nuestros caminos ordinarios.

Habia una abertura en la muralla, y hallándose desunidos los ladrillos y las piedras, se podian quitar fácilmente.

Era aquel uno de los caminos secretos que conocen los estudiantes. Habiendo pasado por allí, Agelio se encontró en un jardin ó pequeña cerca descuidada. Reinaba un profundo silencio en los sitios contiguos, como si los habitantes hubiesen abandonado sus casas; pero se oia á lo léjos un gran ruido y se conocia que estaba pasando algo extraordinario en el centro de la ciudad. Su guía dijo á Agelio que le siguiera lo mas aprisa que le fuese posible, y que procurase no llamar la atencion de nadie; y llevándole por callejuelas desconocidas, le condujo al cabo cerca del teatro del motin. En aquel momento el ataque de la panaderia habia concluido; atravesar el Foro equivalia á acortar el camino, y quizá se espondria menos haciéndolo así, que arriesgándose á encontrar á la multitud en las calles. Firmio tomó la delantera; y mientras que la atencion del populacho se dirigia á otro punto, condujo á Agelio sano y salvo al través del Foro. Entonces continuaron con precaucion, como antes, hasta que estuvieron junto á la puerta trasera de la casa de Jucundo.

—Di dos palabras á tu tio en mi fa-

vor, dijo Firmio; he terminado mi comision. Jucundo debe acordarse de mí generosamente en las Augustales. Pronunciadas estas palabras, desapareció.

Entretanto Cecilio habia considerado con ansiedad el camino mas seguro para él. Tenia que marchar, pero le era forzoso aguardar á que oscureciese, pues entonces no encontraria á nadie, y en todo caso seria difícil conocerle. Hasta que llegase ese momento le convenia permanecer encerrado. Habia en las montañas, mas allá de Sicca, una caverna notable, que habia servido de asilo á los cristianos desde los tiempos en que el Africa romana vió por vez primera la persecucion. Ningun punto de la comarca parecia mas favorable para lo que se llama una base de operaciones; los soldados de la Cruz podian alejarse de allí libremente, ó buscar en su centro un pacífico retiro, segun que aumentase ó disminuyese el furor de sus adversarios. Al paso que esta gruta se hallaba situada en medio de un desierto de difícil acceso y tenido como punto en que, segun fama, se reunian espectros y espíritus malos, no distaba mucho de una ciudad, cerca de la cual se

unian los grandes caminos de Hipona y de Cartago. Un brazo del Bagrados, navegable para barcas, abria una comunicacion al través de los bosques, donde, en caso de sorpresa, era fácil ocultarse y por donde se podia huir á Madaura, Vacca y las demas ciudades; ademas, por el lado del Sur, dominaba la vasta llanura que se estendia hasta los piés del Atlas. Como la persecucion iba ensañándose, muchos diáconos y otros eclesiásticos, y los legos distinguidos de todos los puntos de la comarca se habian dirigido á esta caverna; y en ninguna parte mejor que allí podia Cecilio estar al corriente del estado general de los negocios y comunicarse con los países del otro lado de los mares. Allí era donde se dirigia, cuando la enfermedad de Agelio le obligó á detenerse para cuidarle y atender á sus necesidades espirituales: toda su conducta en este particular descansaba en avisos interiores.

El problema entonces era saber cómo llegaria al refugio en cuestion. Para hacerlo directamente, debia ir al través de Sicca; pero no siendo esto posible en las circunstancias actuales, tenia que bajar al barranco que se encontraba mas

acá de la ciudad, y, torciendo á la izquierda, atravesar la ancha llanura, campo de Marte de Sicca, con que aquel confinaba. Allí, á la derecha, elevábase de repente la montaña con sus rocas escarpadas, que hemos ya descrito, como rodeando la parte Norte de Sicca. Debía andar muchas millas antes de llegar al punto en que la montaña se aplana y cambia en una pendiente mas suave, que permite al viajero subir por ella. Era una empresa atrevida; porque necesitaba ejecutar todo esto en la noche, antes de que asomase la aurora; además, no conociendo la localidad, no podía dirigirse sino por ajenas indicaciones; y aunque estas fuesen exactas y precisas, había todavía dificultad para seguirla sin temor. Sin embargo, si lograba vencer este obstáculo antes del día, estaba comparativamente en seguridad; y entonces tenía que atravesar las montañas solitarias y retroceder por algunos instantes á lo largo del camino de Sicca, hasta cierto sitio donde sabía que había apostados siempre cristianos para servir de atalayas.

Tal era su plan, y no pudiendo consultarlo con nadie, nuestro confesor se

retiró á la cabaña y consagró las horas que le quedaban á conversar con el cielo, de donde esperaba su salud. Púsose á orar por la santa Iglesia católica dispersa en el mundo entero, y á la sazón objeto de una persecucion casi general; por el imperio romano, no santificado aún, é instrumento de las potestades infernales contra ella; por el Proconsulado, por la Numidia, la Mauritania, toda el Africa; por las comunidades cristianas que allí habia; por la terminacion de la presente prueba; por la fuerza y perseverancia de todas las personas espuestas á ella; por sus amigos personales, sus penitentes, sus convertidos, sus enemigos; por los niños, los catecúmenos, los neófitos; por los que entraban en el gremio de la Iglesia; por los que habian salido de él, ó estaban en peligro de hacerlo; en fin, por todos los hereges y cismáticos, que pudiesen ser vueltos á la verdadera fé. Confesó y lloró los muchos pecados cometidos hasta allí en el mundo, y que preveía debian cometerse aún; y pidió humildemente perdon á Dios. Apenas habia empezado á desempeñar sus funciones en Cartago, cuatro años antes, cuando tuvo que señalar un

monstruoso escándalo, en el que se hallaba comprometido un orden sagrado del ministerio. ¡Qué relajacion interior no implicaba aquel escándalo! Y además, ¡qué religion debilitada, qué fe mezquina, qué deterioro espiritual en toda la comunidad no indicaban las frecuentes apostasías de la época! Rogó con fervor á fin de que el cuerpo de los fieles fuese edificado y fortalecido, tanto por el brillante ejemplo de los mártires, como por las terribles lecciones de tantas apostasías. Preveía con grande ansiedad dos cismas para cuando concluyese la persecucion, uno procedente de los demasiado rígidos, y otro de los demasiado indulgentes con los infelices que habian abandonado la fe; y suplicaba al cielo con un ardor proporcionado al don de presencia que le era propio, que las heridas de la Iglesia pudiesen ser cicatrizadas en un breve plazo. Dirigió luego su pensamiento á la correspondencia que mantenía entonces con la santa Iglesia romana, que acababa de perder á su gefe, por medio del martirio. No era este un acontecimiento nuevo para la silla de San Pedro, en la cual los sucesores del prínci-

pe de los apóstoles seguian sus huellas, como él, segun las órdenes recibidas, habia seguido las del Rey y Modelo de los mártires. Pero, lo mas aflictivo de todo era que se habian pasado cinco meses largos desde que acaeciera la vacante, y la silla de San Pedro estaba aun vacía. Entonces pensó en Fabiano, último soberano pontífice, el cual habia sobrellevado ya la prueba, que debia ser para un número tan grande de cristianos la vida ó la condenacion; y se encomendó á las oraciones del santo mártir para cuando á él le llegase la hora de combatir. Pensó en la obra emprendida por Fabiano, y siguió intercediendo en favor de los que quedaban aun de entre los siete apóstoles que aquel papa habia enviado á las Galias, y algunos de los cuales habian alcanzado ya la corona del martirio. Pidió á Dios llegase el día en que, no solo las ciudades de aquella hermosa comarca, sino tambien sus ricos campos y sus colinas, oyesen la voz del misioneron. Rogó del mismo modo por la Bretaña, á fin de que la feliz obra de otro papa, San Eleuterio, se estendiese igualmente á sus cuatro mares; y entonces sus ruegos tomaron por



blanco la vecina isla del Oeste, aun en las tinieblas del paganismo, y la inmensa Germania al Este, espresando el deseo de que allí tambien fuese recibido y glorificado con la fe cristiana el Nombre unico que puede salvar.

Sus pensamientos se dirigieron en seguida á Roma é Italia, y á los martirios que habian sucedido al de San Fabiano. Dos persas le habian padecido ya en la ciudad imperial; Máximo habia perdido la vida y Félix yacía en las prisiones de Nola. El Asia Menor, la Siria, el Egipto habian suministrado ya victimas á la persecucion, y pedian con instancia á los cristianos fervientes súplicas y abundantes sacrificios para los que estaban aún espuestos á la prueba. Babilés, obispo de Antioquia, segunda sede episcopal del cristianismo, habia sido ya martirizado en esta ciudad. Cecilio invocó la intercesion del santo mártir, pues una mala tendencia hácia la libertad del pensamiento se manifestaba en Antioquia, y los resultados eran tan dudosos como podian ser funestos. El obispo de Alejandria, la tercera de las grandes divisiones ó patriarcados de la Iglesia, el gran Dionisio, discípulo de

Orígenes, estaba desterrado como él de su diócesis. El mensajero, portador de esta noticia á Cartago, habia sabido en Alejandria, por conducto de Neocésáreo, que Gregorio, apóstol del Ponto, otro discípulo de Orígenes, habia tenido que huir igualmente de la persecucion. En cuanto á Orígenes, el laborioso, sábio y celoso doctor de su siglo, estaba precisamente ocupado entonces en refutar los escritos de un epicúreo llamado Celso, y corria el mismo riesgo que los demas de ser perseguido. Cecilio rogó con fervor á fin de que un entendimiento tan sublime y admirable fuese preservado de doctrinas tan completamente falsas como las que amenazaban hacer una irrupcion en Antioquia, y suplicó al Señor alejase de él aquellas ilusiones y lazos que le espondrian á perder la herencia de la brillante corona que le estaba reservada en el cielo. Habia sabido por otro conducto que algunos jóvenes de Egipto, huyendo de la violencia con que se les perseguia, se habian retirado á los desiertos de lo interior del país (uno de ellos se llamaba Pablo), y que vivian allí en la práctica de la mortificacion y de la oracion

de tan maravilloso modo, recibiendo en su lucha con las potestades del infierno consuelos celestes tan especiales, que abrian una era enteramente nueva en la historia espiritual de la Iglesia.

Por último, sus pensamientos retrocedieron hasta fijarse en el pobre Agelio y en todos los motivos privados de ansiedad que los enemigos de la Iglesia, á quienes solo ocupaba su aspecto exterior, recelaban apenas. Rogó por Agelio y sus parientes; por Juba, cuya obstinacion ofrecia caracteres tan raros; por Jucundo y Calista. ¡Ah! ¡ojalá que esta última alcanzase el glorioso objeto que parecia estarle reservado! Pero las vías del Altísimo no son las nuestras; á menudo aquellos á quienes creemos mas próximos á El, son los que se encuentran á mayor distancia; y por lo mismo nuestro santo eclesiástico puso todo en manos de Aquel á quien habia invocado, quedando satisfecho de haber cumplido por su parte.

Tales fueron las reflexiones que le ocuparon durante muchas horas, despues que hubo cerrado la puerta, como hemos dicho, y que se arrodilló ante la cruz. Pero no se habia postrado úni-

camente ante el símbolo de la redencion; pues habiendo abierto su túnica sacó una cajita de oro que llevaba colgada del cuello. En aquella cajita, asegurada con todo cuidado, estaba contenido el Santo de los Santos, su Señor y Dios. Esta divina presencia era su apoyo y guia en medio de tan fatigosas escursiones, y su alegría y consuelo en tan inmensa ansiedad; lo cual explica su dulce serenidad y su intrépida y franca resolucion. Puso el copon en la mesa ante la cual estaba arrodillado, y quedó pronto absorto en la meditacion y la oracion.

## CAPITULO XIX.

Cecilio ignoraba las horas que habian pasado mientras permaneció en aquel arrobamiento. El sol iba ya á ocultarse, cuando le arrancó de sus reflexiones un ruido hecho á la puerta, y colocando apresuradamente en su sitio el sagrado tesoro, se levantó. Abrióse la puerta, y se presentó en el umbral una muger, que despues de mirar atenta-